

## Lo que *Fascina*.

Ana Laura Jalil Hernández  
Cinthya Berenice Rodríguez Piedra  
Alfredo E. Huerta Arellano  
Facultad de Psicología – UMSNH

*El hombre es una mirada deseante  
que busca otra imagen detrás de todo lo que ve.*  
Atriani, 1993

Es probable que algo de lo que se habla mucho se desconozca, quizá por eso se hable tanto de ello. Es saber no sabido, y describirlo con una palabra es imposible, impronunciado. Es como el sol rodeado de tantas órbitas, en una galaxia que el hombre todavía desconoce. Sin embargo estamos aquí, en un planeta llamado Tierra, jugando a conocerlo todo. Hablarlo implica una falta: siempre habrá *algo* que hará desaparecer la exactitud de su definición. Es a la vez tan resbaladizo que se nos escapa y tan firme que nos determina, no por ello estable, aunque establezca. Tanto así que nos diferencia entre uno y otra. Se le pondría en el centro de todas las cosas y a la vez en cada sujeto, sujetado. Le llamamos *falo*, que cuando es nombrado alude a formas animadas o inanimadas y a la vez ninguna. Es un término que siempre estará presente en el lenguaje psicoanalítico para denotar una falta, aunque muchos, hombres o mujeres, se crean portadores de él; incluso se le utiliza como adjetivo. Es para la madre un hijo varón, para su marido una infalible erección. Para el hijo una amenaza voraz. También implica castración, siempre castración. Estamos castrados o tememos estarlo si es que creemos que lo tenemos. No necesariamente es la *mentula*, pene en detumescencia. Más bien podría ser un *fascinus* y la mirada puesta sobre él, aunque nunca podemos ver esa cosa que se mira a la vez, ojos que no podrán apartarse de él.

Fascinante, envuelve lo que podría tolerar una metamorfosis: que se levante aunque luego duela la caída. Es algo que se erecta tanto que está por encima de nosotros: *piEDAD*, del latín *piêtas*, que actualmente va del fiel al dios, aunque también del hijo al padre, de la vulva al *fascinus*, que en la antigua Roma era un término para designar la obligación que el hijo tenía de cargar a su padre en hombros, creándose así los lazos de patrocinio y padrinazgo que tomaron relevo al mundo antiguo: la cofradía de sacerdotes del catolicismo romano, la mafia siciliana (Quignard, 2005, p.17-18). Se alude a la misma piedad filial que se ha vuelto sacrosanta, de la que habla Freud en *La interpretación de los sueños* para explicar el mito del Edipo.

El falo no es un orificio pero puede penetrarlo. Ha penetrado a la religión católica y sus diez mandamientos, al padre golpeador, a la voz levantada que puede dirigir masas de gente a que siga sus pasos, al apellido paterno primero y el materno después al registrar al nuevo miembro de la familia mexicana, es la mujer casada y su firma en el papel (*ahora soy tuya*, pensará), a Lucrecia Borgia comentarle a César, su hermano y primer amor, que es mejor ser cardenal que ser mujer, pues bajo el deseo de su padre y al mismo tiempo papa de la Iglesia Católica en Roma durante 1492 y 1503, Alejandro VI, fue desposada por Giovanni Sforza junto con su olor a buey como ejercicio de diplomacia (Puzo, 2002, p.67); al hombre que da *testimonium* que, en latín se refiere a la vez a la cabeza, la de arriba, o a la cabeza de los testículos, a la institución y su reglamento, no se diga a las leyes de cualquier constitución, al dinero que persigue un empresario y al poder de ser despedido por su jefe. Es la prohibición del incesto y del parricidio y sentirse castrado. También penetró el mito del Edipo, que convertido en complejo persigue y amenaza siempre al sujeto. Tener un mejor coche y la mejor *vieja*, porque sobretodo penetró a la sociedad bajo la *norme mâle*, norma del macho, donde lo que le queda a la mujer es ponerse en el lugar que el hombre le ordena. Penetró a la cultura, que dicho en términos lacanianos, gira en torno al significante del falo. Ese falo tan pronunciado, tan escrito y tan autor de hombres y de mujeres deseantes ¿de qué? La respuesta precisa se desconoce porque se articula en cadena, pero nunca cesaremos de buscarlo porque si es que lo encontramos, sucede que no somos tan plenos. Es La Ley y la castración, su efecto, donde lo prohibido se hace fundamento del deseo y éste debe apalabrarse, aunque con muchos tintes. Es la educación de las pulsiones que culmina en el complejo de castración que re-significa todas las pérdidas anteriores en relación con el falo, significante de la falta como universal para los sujetos, que divide el campo de la sexuación en dos mitades que no son complementarias: la del hombre y la de la mujer, separados por un muro también erecto: el del lenguaje. Penetró con la renuncia al objeto primitivo de deseo, la Madre. Para desconsolar, ni el hijo, ni su padre ni su madre, lo tengan o no, nunca podrán serlo. Que se crea lo contrario habla del discurso que nos ha dominado y de los significantes que utilizamos para designarlo. Y es que el falo siempre está en erección y nos ha penetrado a todos.

Desde Freud hasta los psicoanalistas más contemporáneos, se ha escuchado en algún momento hacer mención del falo, y es que es un concepto clave en la teoría psicoanalítica que Freud define como aquella representación imaginaria del pene en la mujer; es decir aquella idea o imagen de lo que le falta a la mujer que el hombre tiene, situándolo a un nivel de creencia, y fuera de lo biológico que está más bien ligado al lenguaje, que es lo que permitirá situarlo donde no está (Orozco, 2003, p.182). Así pues, le corresponde a Lacan el mérito de remitir el falo a la

relación del deseo con el lenguaje por lo explicado anteriormente y por que éste crea su teoría en torno al lenguaje. Quizá por ser esta la definición más cristalina, la antepone como referencia de lo que para este ensayo significa la noción de falo.

Lo hemos vestido como aquello que representa algo más complejo que sólo un pene en lo imaginario, y es preciso mencionar que como va más allá, también el hombre procura tener acceso a éste; es decir, si es que la función del falo fuera sólo representar al pene como fantasía, entonces lo mencionado anteriormente parecería incongruente. Así es pues como el peso de este concepto recae indudablemente en el juego del lenguaje, en donde lo que verdaderamente representa el falo, es *poder*. Si bien es cierto que aquél órgano sexual representa poder según los primeros textos psicoanalíticos, el falo es aquel poder indiscutible, que tiene sin duda más peso que la desierta representación de un pene. Es así que surge lo siguiente: el hombre se encontraría en la expectativa de perder ese poder y la mujer en serlo.

Origen que hostiga y persigue al hombre. Encadena, tortura, posibilita o no, pero siempre reflejado como incertidumbre que da vida. Freud lo articula muy bien en *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*: el inextinguible placer de hacer preguntas que muestran los niños a cierta edad se explica por el hecho de que tienen una única pregunta para formular, y nunca pronuncian (Freud, 1992, p.163). Y no sólo los niños le atribuyen todo tipo de referencias que, detrás del velo de un cedazo, se esconde. Es el *phallós*, que órgano erecto cobra otro significado, que viabiliza el coito y engendra, germina y hace brotar sujetos que respiran y sudan, que estando en detumescencia, pierde toda función.

También provoca, seduce y corteja la mirada del otro, obliga a esas pupilas a mirarlo con envidia y de reojo, que da mucho de qué hablar si es que dirigimos nuestra mirada a todo lo que nos rodea. Está y no, se hace presente y juguetón, se esconde debajo de las ropas, del albur, del chiste y de su consecuente risa, del coqueteo y del monumento, del secreto y su confesión, de la impotencia y sus consecuencias psíquicas –cómo no, si es que sin él, el hombre sería otra cosa-. Ovidio, en el libro III de los Amores, relata un fracaso sexual en el cual enuncia: “Pero la infortunada no tocaba a un hombre (vir). La vida y la virilidad se habían apartado de mí” (Quignard, 2005, p.56); al respecto cabe cuestionar ¿El hombre es en tanto que posee al *fascinus* y no específicamente al pene? Si es así, entonces se le colocaría en una posición bastante desequilibrada y en desventaja respecto a la condición de mujer, en tanto que éste no siempre es hombre, sino sólo cuando posee al *fascinus* -el cual la mujer no poseerá, cuando en el coito sí despoja al hombre de éste, retirándolo como *méntula*-. Así es pues que el hombre se encuentra a la expectativa de su *fascinus*. Entonces la mujer

representa lo único que pone a prueba la (im)potencia, es decir la virilidad y el poder del hombre.

La impotencia es la obsesión romana y converge en el espanto, porque:

...el sistema del hombre, que consiste en investir el sistema de las representaciones para confirmar su idea de que ejerce un dominio sobre la representación del falo, abre el paso a la duda; él no cree para nada en su lado femenino... sólo comienza a hacerse preguntas cuando su pene no funciona como él quisiera... (Leclaire, 1998/2000, p.289).

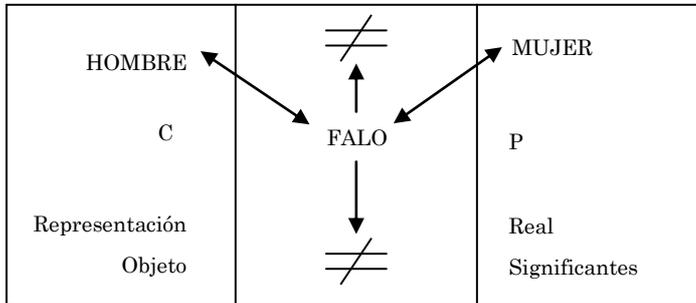
Cabe mencionar que la impotencia alude a la repulsa del órgano a realizar aquello que se le propone, se opone al cumplimiento de su función natural, comandada por algo que va más allá de simples reacciones fisiológicas: el inconsciente, aquella zona larvaria que Lacan menciona en el seminario del 29 de enero de 1964. Freud lo dijo en *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (1912)*: “Sabe entonces (el hombre) que la inhibición de su potencia viril parte de una propiedad del objeto sexual, y muchas veces informa haber sentido en su interior un impedimento, una voluntad contraria que consigue perturbar el propósito consciente...” (Freud, 1992, p.173), por tanto, hay un nexo inevitable entre este órgano y el inconsciente, aquél lugar sin tiempo cronológico ni espacio cartesiano, donde se deposita tanto lo reprimido que para la censura no tiene cabida, aunque brota de muchas formas a través de la palabra.

El concepto psicoanalítico de falo es el único que nos abre la puerta hacia el mundo de la *otra cosa* (la *cosa nostra*, dirían los sicilianos), puerta, muy pronunciada y al mismo tiempo mantenida en silencio; de ahí que Leclaire afirme que

...la cuestión del sexo, de la diferencia entre el hombre y la mujer, no puede pensarse sino como una diferencia de relación con esa puerta muy conocida y muy secreta. El camino por el que un individuo provisto de un pene llega a esa puerta no es el mismo que aquél por el que llega una mujer... (Leclaire, 1998/2000, p.308).

Quizá representar el falo es comprobar que lo real es lo imposible, que lo que se nos escapa es siempre lo más importante y que, lo que hemos olvidado, la palabra que nos falta, la palabra que aparece en lugar de otra, también es *lapsus*, tropiezo, falla, fisura que rebasa al sujeto, tratándose de un hallazgo que puede escabullirse de pronto, instalándose en el ir y venir de una pérdida. El sujeto del inconsciente con cuerpo masculino tiene con el pene una relación de posesión, piensa al pene como una representación posible del falo. Al respecto, esta construcción del concepto psicoanalítico que hace Freud en sus inicios, se refiere a un análisis profundo de la relación del sujeto del inconsciente con la función fálica; el hombre cree poseer una representación del falo cuando confirma con la mirada que tiene un pene, mientras que la mujer es una función instalada

en lo real; es decir, el hombre se esfuerza por confirmar en todo momento ese poder que cree tener por poseer aquél órgano sexual, en otras palabras, su representación es estática porque sólo consiste en la autoafirmación de aquello que se cree tener y la mujer en instalarse en una posición activa, pues busca procurarse los accesos a aquello que no tiene, mediante lo real, un hijo, a lo que Leclair refiere que el falo está entre el cuerpo, el objeto y las palabras, los significantes. A continuación un cuadro:



Todo sujeto se encuentra a la misma distancia del falo, lo que determina si se nombra Hombre o Mujer, es aquella relación existente con él (Falo), es decir, el hombre es cuerpo (C) representación y objeto – como tiene pene, vive bajo la creencia de tener el poder-, la mujer es palabra (P) situada en un registro real, insertada en un mundo rico en significantes –ve al hijo varón como su mas grande significante–. Es pues esta inclinación a cualquiera de estos dos caminos con referencia al falo, lo que hace la diferencia.

Toda impotencia ocurre sin voluntad consciente, no sucede en todos los momentos y circunstancias. En este caso se inhibe el deseo, acompañado por un complejo relacionado con la prohibición del incesto, donde la relación incestuosa no permite el coito, se repliega el deseo por la imposición del terror, espanto del que también habla Pascal Quignard. La impotencia neurótica es una forma de articular lo inarticulable en el campo del deseo, inarticulación relacionada con el fantasma materno, con la puesta en acto de la renuncia al objeto primordial que obedece al valor ético y moral del disfrute con objetos sustitutos.

*Fascinus* es la palabra romana que se utilizó para nombrarlo, y fascinante fue el centro de mesa en la Roma antigua que decoró la villa de los Misterios como residencia de la felicidad, que puesto en un altar, se hace un cortejo que lo venera. Cómo no velarlo en la actualidad si es que nos remite al origen bestial, a ese acto copulativo que avergüenza y arquea el esófago al convertirlo en imagen. Es un término etrusco, que espera a ser descifrado pero el hombre se niega a nombrarlo como tal y le busca otras referencias que, estando en cadena, son resorte que siempre regresan en

espiral. Es el Príapo<sup>1</sup> que en la actualidad se postra de otra forma, cuando en tiempos lejanos a los nuestros, los romanos en la época antigua agitaban el *fascinus* gigante ante los rostros lúdicos y coquetos que enfocaban su mirada hacia él y reían. También le rezaban. Otro ejemplo: antes de que *satura* significase novela, el tipo de bandeja llamada *lanx satura* quería decir popurrí de las primicias de todas las producciones de la tierra. Cuando Petronio, bajo el Imperio, compuso la primera gran *satura*, hizo un popurrí de historias obscenas, cuyo principal interés era despertar la *mentula* (pene) desfalleciente del narrador para volver a transformarla en *fascinus* (Quignard, 2005, p.51). Es por esto que se le vincula al sexo con el espanto, pues asombra –a los romanos les daba sombra-, cambia un rostro hermético a otro con más arrugas, que el hombre mantiene su mirada hacia él, pendiente de su erección pues sin ella, perdería todo poder.

A veces falo, otras, pene, condena a la potencia o impotencia, siendo el problema masculino por excelencia, porque su fragilidad específica le preocupa a todas horas. El hombre no tiene el poder de permanecer erecto, esta condenado a la alternancia de la potencia y la impotencia. La pérdida del semen puede revelarse fecunda, pero esta fecundidad no puede percibirse como tal en el instante humillante del encogimiento y la retracción del miembro viril fuera de la vulva. Es por esto que el *fascinus* simboliza la persecución del poder.

Si es que la axila es al sudor lo que el pene a la eyaculación ¿por qué no se nombra como tal? ¿Por qué recurrir al chiste para hablar de él? Se apela a aquella risa que evidencia un morbo, que no es otra cosa más que aquello que tiene que ver con nuestro inconsciente y la censura. La risa es al chiste porque es más fácil darle otros nombres al pene que, sumados a la imaginación, son la puerta de acceso al cuarto oscuro de aquella carne tan misteriosa que posee al hombre, que flácido no es otra cosa que disfuncional; se prefiere enmascarar con la carcajada que confrontarse al espanto.

Si bien es cierto, podría decirse que es alrededor del *fascinus* que se mueve el mundo, aunque claro, no dejaría de percibirse como una expresión reduccionista pero, si es que parece exagerada esta expresión, podemos citar algunos eventos sumamente importantes en la historia, que encuentran su origen en el “amor” o en el sexo, que para los romanos tenían el mismo significado:

“...La actividad genital en su conjunto sería de la incumbencia de Afrodita. Y la focalización del deseo en una persona, lo que llamamos “enamorarse”, sería de la incumbencia de Eros. Pero la distinción, implícita en buena parte de la literatura griega, nunca es explicitada...” (Dover, citado en Allouch, 2000, p.33).

Por eso los antiguos griegos decían que lo que evacuaba el *phallós* semejaba la espuma del mar y daba vida a Afrodita, de igual forma como los romanos se apropiaron de toda clase de estrategias *fascinantes* para alejar el mal de ojo, es decir, de crear un *fascinum* artificial que desvíe la mirada con tal de proteger aque(yo) que representa el origen bestial de lo real.

En una relación sexual no se diferencia específicamente si es hombre o mujer, sino que se da un juego entre dos, solamente. Sin embargo en el texto de Jean Allouch de *Homenaje de J. Lacan a la mujer castradora* se mencionan dos versiones de la mujer. Por un lado, el polo fálico y por el otro, el polo del gran Otro, llevándole al autor a elaborar una teoría del coger. En esta teoría del coger Lacan define la sexualidad femenina no como deseo, sino como goce, un goce envuelto en su propia contigüidad, pero no es este hecho lo que haría de esa sexualidad una propiamente femenina, sino su articulación con un deseo, el del macho; así es como el goce se esfuerza por realizarse a porfía de un deseo. La relación que se articula en la relación sexual no es de envidia por parte de la mujer al hombre sino más bien de juego en el que se invita a un desafío, en rivalidad con, y el hecho de que las armas no sean las mismas por las dos partes es lo que subvierte la alter-egoidad que hace posible la rivalidad. Entonces resulta interesante saber de qué deseo se trata en el macho: trátase del deseo que la castración libera a través de la mujer al cogérselo, cuando consagra su castración; así es pues que la mujer encuentra su goce mediante el deseo del hombre al que castra. Entonces al final, hombre y mujer recibirán su nombre respecto a su deseo.

El Freud que escribió *El tabú de la virginidad* nos dice que el varón teme ser debilitado por la mujer, contagiarse de su feminidad y mostrarse luego incompetente, donde el efecto adormecedor del coito sea, quizá, arquetipo de tales temores, tal como Judith, quien decapita como acto de consagración a Holofernes, mostrando su disposición a todo con tal de preservar la fidelidad con Dios. Aquí la mujer aparece como aquella que puede debilitar la fuerza de los hombres, condición post-coito donde el hombre aparece subordinado, desvanecido, sometido, amortiguado, accidentado, sumiso, dormido, en fin... feminizado. Pareciera entonces que el acto de la relación sexual es bélico e implica una escena violenta donde se lucha por quién tiene el falo.

La diferenciación en un contexto cultural surge porque es necesaria, nace y se crea de acuerdo a lo útil que puede ser. En palabras de Leclaire, el falo es una función, esa es la de hacer tal diferencia, culturalmente necesaria. El falo es una función entre el cuerpo y las palabras, es decir entre los objetos y los significantes, así es pues cómo hace la diferencia entre lo real y las representaciones. Parece conveniente mencionar que el hombre cree poseer una representación del falo y que se esfuerza

continuamente en autoconfirmarla; quizá por esto recurre y hace más uso del albur que la mujer, que no es otra cosa más que esta auto-confirmación puesto que gana el que termina cogiéndose al otro, es decir aquel que demuestra tener más poder, que le asegura que eso que cree tener aguantará. Es como si el hombre tuviera un rompecabezas armado el cual durante toda su vida sólo bastaría con voltear para cerciorarse de que sigue ahí, armado y completo. Pero la mujer no es cuerpo ni objeto, no tiene cabida en esta representación, por ello se sitúa en lo real en donde sí tiene cavida(d), es decir, siguiendo con la analogía del rompecabezas, busca aquella pieza por medio de los significantes de la palabra, con tal de llenar aquel hueco existente.

Fascinante es pues todo aquello que se dice y que se enuncia de lo impronunciable, evidenciando ese poder que se tiene sin necesidad de ser adjetivable, dando cuenta de la diferencia.

### ***Bibliografía***

Dover, K.J. (1982) *Homosexualité grecque*, París, La pensée sauvage, Pág. 83, citado por Jean Allouch, en la Revista *Litoral*, de la école lacanienne de psychanalyse. No. 29, julio 2000. Pág. 33

Quignard, Pascal (2005). *El sexo y el espanto*. Barcelona: Minúscula.

Leclair, S. (1998/2000) *Cap. II Esbozo de una teoría psicoanalítica de la diferencia de sexos*. En *Escritos para el psicoanálisis I, Moradas de otra parte (1954-1993)* (Pp. 266-335). Argentina : Amorrortu.

Orozco, M. (2003) “*Antrophie*” o “*Verkümmerung*”: *el destino en las mujeres*, en *La noción de Destino en el pensamiento de Freud* (Pp. 165-222). Morelia: UMSNH, Secretaría de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, Escuela de Psicología.

Puzo, M. (2002) *Los Borgia, la primera familia del crimen*. México: Planeta

Sigmund, F. (1992) *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II) (1912)*, en *Obras Completas*, Tomo XI. Argentina: Amorrortu.

Sigmund, F. (1992) *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I) (1910)*, *Obras Completas*, Tomo XI. Argentina: Amorrortu.

**Notas:**

<sup>1</sup> Término griego que se le atribuye al enorme falo de oro de ciento ochenta pies de largo que Ptolomeo II Filadelfo hizo presente en la celebración del fin de la primera guerra de Siria, el Príapo encabezaba un gran cortejo de carros que se exhibían ante la mirada de todos las riquezas de India y Arabia.